

La cultura de las simulaciones

Dr. Hugo Adolfo Míguez

www.hugomiguez.com.ar

miguezhuigo@gmail.com

- *Colaboración publicada por la Universidad Católica Argentina, el Observatorio de la Deuda Social Argentina y la Fundación Florencio Perez en el libro Estudio sobre el consumo de sustancias psicoactivas (pp 96-100) de abril de 2015. –*

La preocupación por el uso de sustancias psicoactivas y su alcance en los sectores juveniles no es una inquietud infundada. Los datos de la encuesta del Observatorio de la Deuda Social apuntalan la idea de su crecimiento y replantean el enfoque que ha tenido como problema en las últimas décadas, cuando la mirada social estuvo centrada sobre las sustancias ilícitas: las *drogas*. Es decir, el agente químico contenido en una sustancia no legalizada para el consumo que, al introducirse en el organismo humano, incide en el individuo y en el conjunto social. El tipo de problema que ello determina se expresa en una gradiente de riesgos que ha sido tema de discusión durante los últimos treinta años.

Muchas de las acciones que se emprendieron para prevenir el problema fueron parte de lo que se conoció como “*la guerra a las drogas*”. Su fórmula emblemática se resumió en el difundido enunciado “*Dile no a la drogas*”, que adoptaron muchas campañas oficiales y que, sin embargo, no lograron resolver conceptualmente el tema de que la sociedad ya había dicho “*si*” a otras sustancias psicoactivas, como el alcohol, el tabaco, los energizantes y otros productos de acceso libre y legal.

Lo cierto es que el “*si*” y el “*no*” fueron fuerzas paradójicamente complementarias.

Como en una tormenta en la ciudad donde una parte del agua corre por la superficie de las calles y la otra escurre por debajo, tienen puntos momentáneos de separación, de rebase, de irrupción de una en la otra, según la intensidad de cada momento. Dos corrientes simultáneas, desplazándose por medio de una

arquitectura social que las organiza en silencio hasta que, en algún momento, colapsa y las fuerzas se presentan brutalmente mostrando su naturaleza común.

La naturaleza del objeto a prevenir no contó con una definición concreta y, en consecuencia, tampoco fue motivo de una acción precisa. En la mejor de las situaciones, bajo el supuesto de que el consumidor actuaba por desconocimiento, los esfuerzos partieron de la demonización de las sustancias y la acción se limitó a la difusión de sus efectos sobre el organismo humano. A esto se añadió un mensaje inespecífico, que aludió a pautas ideales sobre el crecimiento humano. La esterilidad de estos enfoques es palpable sólo con ver el formidable crecimiento de la producción, distribución y venta de sustancias psicoactivas legales e ilegales y la circulación extendida de la idea de estar tratando con una “*prohibición inútil*”.

En resumen, en tres décadas el objetivo no fue la decisión de consumir sino el producto que se utilizaba e, incluso, la forma de hacerlo. En consecuencia, no es sorprendente hallar que los padres, al ser consultados por la encuesta sobre sus inquietudes en este tema, soliciten conocer más sobre “*efectos y riesgos*”. El intento de comprender, llevado más allá de la interacción entre una biología y un fármaco, es desestimado con frecuencia. Cuando los datos presentes muestran que la mitad de los jóvenes informa la ebriedad reciente de sus amigos y dos de cada diez de ellos refiere su propio consumo de drogas, se hacen patentes las lagunas que hay para explicar, como hecho epidemiológico-social, la magnitud que alcanza el grupo de jóvenes que optó por alterar deliberadamente los modos de percibir, de sentir y de actuar en la vida.

La conceptualización del problema del abuso de alcohol y el uso indebido de drogas tiene un largo recorrido que comienza metodológicamente con los esfuerzos preventivos para desnaturalizar los fenómenos epidemiológicos e interpretarlos como emergentes de un tiempo y un lugar. Clásicamente, los primeros estudios sobre el uso de las sustancias psicoactivas y, específicamente, los del alcohol, caracterizaron diferentes *patterns* socioculturales (Jellinek 1960).

Así, en los años 80 se distinguió entre las llamadas culturas *abstinentes*, opuestas al consumo alcohólico (hinduistas e islámicos); *ambivalentes*, que convivían en contradicción entre la censura y la aprobación (anglosajones y escandinavos), y culturas *permissivas*, que aceptaban el placer de la bebida, sobre todo en pequeños círculos y consumidas moderadamente durante las comidas (cultura *mediterránea*) (Alonso Fernández, 1981). Desde esta caracterización puede considerarse que, en algunas regiones argentinas, a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX la inmigración italiana y española extendió el "*pattern*" *mediterráneo* de ingestión cotidiana de vino. Una concepción liberal con respecto al disfrute de la bebida, como condimento placentero de la comida, pero con rechazo social de la ebriedad. El ceremonial del consumo moderado en situaciones de intercambio social y familiar representó durante mucho tiempo «*una protección especial contra la irrupción de excesos alcohólicos*». La matriz cultural que caracterizó el consumo de alcohol hasta entrada la década del 70 fue un ámbito donde el descontrol con las bebidas, más allá de lo que podía expresar una patología individual, no era un fenómeno juvenil masivo.

Esta relación iba a experimentar cambios importantes (Míguez, 2009). El período que comienza en los 80 y sigue hasta la actualidad mostró que mientras el vino retrocedía en la mesa familiar, la cerveza ocupaba el mercado de los jóvenes. En los periódicos de la década del 90, las áreas de marketing de las compañías cerveceras declararon explícitamente el objetivo de llegar con la oferta de bebida a la población de 14 años de edad (Periódico Clarín, 1993).

Los datos muestran el alto consumo de cerveza en los jóvenes de entre 15 y 25 años. El vino tiene la menor mención de todas las bebidas en este grupo. El consumo de alcoholes de alta graduación mediante productos destilados, aperitivos (fernet) y licores queda encubierto por su combinación con gaseosas u otras bebidas que dulcifican o suavizan la ingestión, pero, en conjunto, son las que más se utilizan para la afectación del sentir y el pensar. Las modificaciones del *pattern* sociocultural del abuso parecen responder al desplazamiento de los modos mediterráneos frente a los de las culturas ambivalentes, sajonas y escandinavas, donde el exceso alcohólico era la fórmula cultural para la liberación explosiva de

los rigores de la normativa social (alcoholización gamma o alcoholómano) (Jellinek 1960). El objetivo del beber social cambió. Apareció un consumo episódico, independiente de lo alimentario y atento a las propiedades alcohólicas de lo que se toma.

El encuentro denominado por los más jóvenes como “*la previa*” define al atracón abundante y rápido de alcohol que los introduce, en un recorrido incierto, dentro de la propia emocionalidad y la de otros. Se busca la catarsis entre pares y su contención grupal en un espacio afectivo de límites borrosos, en el cual, cualquiera que sea el resultado, tendrá luego la explicación y la dispensa de la intoxicación.

La modalidad de “*la previa*” para entrar en el laberinto emocional tiene procedimientos establecidos para modificar los controles sobre las formas habituales de sentir y percibir. Estos abarcan desde la atenuación de la aspereza del alcohol, en las mezclas con otras bebidas que lo enmascaran, hasta la confrontación directa con el alcohol mediante la competencia del “*hacer fondo blanco*”. Es decir, tomar de una vez hasta ver el fondo vacío del vaso, presentado como una competencia para vulnerar la consciencia. Abierta la puerta de entrada al mundo emocional, el grupo reasegura, imaginariamente, a los pares entre sí. De alguna forma, el hecho de ser varios en la situación calma la ansiedad por adentrarse y, también, por suponer que esto asegura el regreso al punto de partida. Un laberinto donde Ariadna entra junto con Teseo.

Los datos del estudio marcan los límites que, hasta ahora, tiene el problema de las drogas ilícitas. En el último mes, su consumo es reconocido por el 15% de los jóvenes. Son la otra parte de la tormenta. Se diferencia del abuso de las sustancias legales en que recorre el camino de manera subterránea, pero está regido por las mismas inclinaciones del terreno. Invisible por momentos, los daños que produce pueden hacerlo aparecer en superficie. Es, entonces, en la inundación de la ciudad, donde las personas comprenden que ambas corrientes son parte de la misma fuerza.

El núcleo del consumo tiende siempre, como con el abuso de alcohol, a la alteración de los modos de percibir y sentir. Si la percepción del sí mismo y del mundo social en el que se encuentra depende de la organización sensible de las personas, su alteración deliberada necesariamente trastoca los vínculos de la persona y el objeto de los mismos.

De esta forma, la modificación de los modos de entender y sentir cambia las vivencias de la realidad externa por las de su simulación. En el caso de la marihuana, sin tener los problemas notorios de coordinación visomotriz que implica la alcoholización, los entrevistados la definen como una sustancia más “*tranquila*” y manejable que el alcohol y, agregan, de costo accesible. Se la pondera, por ejemplo, con relación a otras sustancias, atribuyéndole un perfil pacífico. “*Diffícilmente un consumidor adicto y enfermo de la marihuana va a agarrar un arma*”.

Pero lo cierto es que, en el mundo externo, la marihuana aumenta las distancias de contacto efectivo con los otros. El repliegue de los vínculos y la proyección arbitraria de la propia subjetividad es probable que no se manifieste como una acción violenta. Siempre y cuando, sustraerse de un mundo que reclama urgido por transformaciones, no constituya una forma de violencia sobre los demás, por omisión y abandono.

El fumador de marihuana, como esas criaturas de las grandes profundidades oceánicas, no recoge la imagen completa del otro, sino sólo la fosforescencia de un cuerpo que pasa, un mínimo social indispensable y apenas suficiente para alcanzar una empatía o bien para bloquearlo absolutamente. El fuerte recorte perceptivo sobre lo que ocurre a su alrededor, permite el armado de un escenario personal que desalienta la experiencia sobre el mundo, para dirigirla a un ensoñamiento adaptado a las propias limitaciones. La confrontación y el cambio son reemplazados por el encaje tranquilizador de una fantasía de sí mismo. La persona se ajusta al canon de una representación, dirigida exclusivamente por el “*olvidarse de todo y sentirse cómodo*” y, en esos precarios contactos, la sustancia compone sensaciones coloridas con independencia del medio exterior.

Así las cosas, un tercio de los entrevistados aprueba su legalización. Los datos muestran que, de mantenerse las condiciones actuales, la marihuana puede ser, a mediano plazo, la sucesora del alcohol en cuanto a magnitudes.

La sobre estimulación por las sustancias es otro escenario para la ilusión de completar aquello que se piensa que no se es y alcanzar a sentir lo que no se siente. En este caso, la autopercepción exaltada de sí mismo apoya el sempiterno regreso humano a la *saturnalia* (Stoichita, 1999). Lo que sujeta como pensamiento crítico es minimizado, alterado, combatido desde el descontrol de la sinrazón. En la práctica, un desarme de la defensa cotidiana que pone al descubierto la ansiedad colectiva y, sin resolverla, la transforma en risa maníaca.

Tanto el alcohol como la droga ilícita son parte de esta construcción más allá de que, más tarde, estas sustancias puedan imponer sus propias determinaciones farmacológicas. La exaltación inducida por la sustancia aporta subrepticamente una alternativa para el ajuste personal. La resistencia física puede llegar a considerarlas en situaciones competitivas de alta exigencia social, académica o laboral. El caso de las drogas de diseño y las fiestas electrónicas puede ser un ejemplo de sobre-exigencia para adaptarse al descontrol planificado de un lugar. El encandilamiento lumínico, el aturdimiento del sonido, la rutina del cuerpo en movimiento imparable, el hacinamiento del ambiente, el aislamiento comunicacional. Bajo estas condiciones son, precisamente, estas sustancias las que facilitan la *adaptación* al descontrol externo, a la vigencia del *ruido y la furia*.

La propia reconfiguración idealizada del sí mismo se apoya en alterar los modos habituales del sentir y el pensar reflejados ahora, concretamente, en las prácticas. El núcleo está compartido con otros usos y sustancias, de los cuales el abuso de alcohol ha sido uno de ellos. El policonsumo se presenta como un laboratorio que propone aprovechar todas las alternativas para llegar a un solo propósito: ser otro por un momento y sin considerar el riesgo. En la búsqueda de concretar este propósito las bebidas alcohólicas están asociadas. El estudio señala que seis de cada diez consumidores de drogas tomaron bebidas alcohólicas junto con las drogas. La alarma evidente que despierta el uso de

sustancias como la pasta base, el consumo indiscriminado de psicotrópicos farmacéuticos e, incluso, los solventes, concentra los mayores márgenes de rechazo social.

La problemática de fondo no es distinta a las de otras sustancias (incluido el alcohol), que reducen la vida cotidiana a una ficción. En este caso el “*estar sacado*”, tal como designa el joven el estado alterado por las sustancias, está detrás de la manifestación de conductas sustentadas en una idea de invulnerabilidad y de neutralizar, a la vez, la consciencia de daño sobre sí mismo y sobre los otros. En estos casos, ocurre además que, las características fuertemente dependientes de estas sustancias son funcionales al “*reclutamiento*” de niños y adolescentes. Limitados al acceso a grupos de *rescate* del uso de drogas ingresan dentro de lo que hemos denominado la “*doble exclusión*”. Es decir, excluidos como sector social por la comunidad general y como “adictos” por la comunidad de origen. Estas serán las condiciones que tendrán en cuenta aquellos que los recluten con el paco o los solventes para ponerlos en situación de servidumbre y de altísima exposición al peligro.

Finalmente, la opinión de los jóvenes sobre el grado de facilidad para acceder a las sustancias ilícitas difiere para cada una de ellas. En general, la facilidad reconocida es del 60% con la marihuana, del 35% con la cocaína y del 19% con el éxtasis. Según dónde se sitúe el observador, puede verse como la disminución que resulta de la alarma social o puede considerarse como el producto de un avance progresivo en la disponibilidad de nuevas sustancias. La evolución de estos temas en los últimos años inclina a considerar el último caso.

Los pensadores de la sociedad del siglo pasado cuestionaron el acercamiento a la realidad sobre la base de optar entre observarla o transformarla. Sin resolverse, la pugna entra en el siglo XXI y agrega la opción de *simularla*. Esto incluye la organización de escenarios y papeles que van desde el espacio virtual-digital, hasta el surgido por el uso de sustancias. Un espacio alternativo para adoptar una identidad protésica, para expresar emociones o afectos sin hacerse cargo de ellos. La realidad simulada recibe la desesperanza y, de alguna forma, la confirma.

Estas decisiones no son sólo personales. No hay un medio ambiente que sea neutro, porque la sociedad avanza y retrocede en un proceso donde especulan los que están ligados a la producción, distribución y venta de sustancias psicoactivas legales e ilegales y, más aún, los que tienen a su cargo la creación de representaciones que legitimen su consumo. Desestimar la generación de ganancias que implica estos comercios es parecido a desestimar la fuerza que puede desplegar una comunidad si es canalizada seriamente por personas idóneas. Esta puja aún está por darse.

Desde la vulnerabilidad es claro que los efectos de un mercado de sustancias psicoactivas tiene alcances diferentes, porque los jóvenes tienen vulnerabilidades distintas, según el pensamiento crítico y el sustento emocional que hayan tenido la fortuna de encontrar en su propio ambiente. Los adultos y las familias en particular no se excluyen de esta condición. La brecha entre la idea del 14% de los padres que supone un consumo de drogas en los hijos y el 27% de jóvenes que reconoce que consume habla, no de una despreocupación paterna, sino de una participación de los padres dentro del mismo concepto sesgado del tema que tiene la sociedad general.

La negación o minimización del problema tiene que ver con una mirada familiar que repite el problema con la forma que el mensaje público le ha dado. De esta forma, la preocupación se enfoca principalmente sobre los estadios finales de la *"pérdida del control"* del consumo y de que *"se transforme en una adicción"*. La *drogadicción* y el *alcoholismo* son las entidades que concentran la alarma social, mientras que las otras relaciones con las sustancias se tiende a minimizarlas como una trasgresión relativamente esperable. Esto hace que, salvo en el caso de la conducción de vehículos, diferentes situaciones de exposición a riesgos puedan transcurrir bajo un estado práctico de indefensión por la vulneración de la consciencia. No hay una mirada que reconozca como problema la simulación como forma de afrontamiento de las dificultades, que atienda las implicaciones de una estrategia normalizada para omitir las condiciones del conflicto interpersonal,

social o cultural. La búsqueda recurrente a realidades simuladas, su extensión y sustitución en la interacción son un ejemplo de esta modelización.

Los padres manifiestan un sincero interés de participar y ayudar, pero no tienen los instrumentos conceptuales para hacerlo. Intuitivamente piensan en informarse acerca de *riesgos y efectos* sobre las sustancias. Pero el punto no tiene que ver con “qué” hacen los hijos, sino “para qué” lo hacen cuando socializan con amigos, cuando se relacionan íntimamente, cuando se desempeñan bajo exigencias, cuando requieren distenderse y relajarse. Por qué, en esos casos, la actuación por sí mismos ha pasado a ser algo en lo que no pueden confiar.

Finalmente, el examen de las instancias que habilita una sociedad para alterar la forma de ver, sentir y pensar el mundo puede ser también una oportunidad: la de revisar el entramado cultural donde se para una sociedad en un momento dado. Allí es donde se juega el daño, no en la química de las sustancias psicoactivas, sino en los recursos con que se cuenta para imponerse a sus propuestas.